

el cual los agujeros y descarnaduras parecían manchas de tinta china alumbradas por palideces de luna. La parásita, sin relieve, se dibujó en la pared, como una grieta de la ruina, y el contorno de la cornisa, picoteado en zig-zag, como línea trazada por una mano temblorosa, se recortó en un cielo obscuro, un cielo de polvo, plano, sin hendeduras, un cielo de paisaje fotográfico.

Entonces abrí la ventana para contemplar mejor aquella metamorfosis. Arriba, entre la inmovilidad cenicienta y compacta del espacio, tras una desgarradura violenta hecha por el viento, tras un boquete de bordes caprichosos inmaculadamente blancos, con fragilidades de nieve, brillaba una placa de azul de cobalto, fuerte y limpia, que arrojaba una gran ráfaga de claridad fría, ala inmensa de luz que se quebraba en los negros acantilados de las nubes.

¡Qué quietas estaban las inconstantes, las que corretean por el aire y se burlan de la forma; los monstruos marinos, los pájaros gigantescos, las islas milagrosas, las cabezas de gigantes airados, las catedrales góticas, los castillos ruinosos, los rebaños fugitivos! Atravesó el horizonte un hilo de aves negras, y, chillando, comenzó a describir, en el seno de un nubarrón, círculos vertiginosos como los de los juegos pirotécnicos. La caricia del aire era fresca y olía a tierra húmeda. Y a lo lejos, sobre el borrodo cono de las montañas, un relámpago mudo rayó el ónix del horizonte.

Cayó en mi mano una gota, suavemente, sin ruido, cómo si hubiese bajado con lentitud, como si fuese una lágrima de las que se deslizan de las mejillas de una virgen hasta los labios de un ena-

morado. Después cayeron otras, también poco a poco, anunciando la primera lluvia primaveral, la que abre el corpiño de las rosas, engalana el *pompón* de los claveles y enhebra su chaquira de cristal en la glauca pica de las hierbas del llano.

He aquí, por fin, a las bien amadas, a las tardes tristes, opacas y pluviosas, a las que ocultan el sol, el ardoroso sol que nos fatiga y del que están cansadas las selvas americanas; he aquí a las que nos traen la melancolía de las baladas, a las que ponen niebla y gasa en nuestros pensamientos para que reluzcan a través, como a través de las transparencias de los chales, brillan los collares de las odaliscas. Nosotros no decimos, como el pobre noruego enfermo, como el trágico Oswald de Ibsen, mirando el sombrío cielo de su patria: ¡Madre, dame el sol!

Al contrario, a estas tardes maravillosamente oscuras, y que nos hacen pensar en cosas vagas y lejanas, en solitarios bancos de piedra, en mujeres hechas de luna, en recuerdos nostálgicos, en amores imposibles, a estas tardes así, opacas y silenciosas, les pedimos que nos den bruma, un poco de bruma para acurrucar en ella nuestros sueños!

1894.

IV

CUCHICHEOS DEL JARDIN

Empieza a calentarse la tierra. Desde muy temprano el sol enciende las fraguas del Oriente y se pone a majar el hierro encendido del día sobre el yunque azul de las montañas. Martillea, con su gran martillo de oro, las ascuas luminosas, y a cada golpe, una explosión de chispas inunda el cielo de brillos deslumbrantes. Conforme pasan las horas crece el incendio de los aires, hasta que ya muy entrada la mañana, tórnase ígnea la placa de esmalte del cenit.

Los jardines entonces, alzan en señal de protesta sus árboles amodorrados y secos, y las flores entrecerradas y soñolientas, atisban, por entre la maraña de las frondas, la llegada del viento, como tristes enamoradas que salen a la ventana a la hora de la cita, inquietas y desesperadas por la tardanza del amante.

Pero el viento suele ser un novio informal. No acude cuando lo llaman; sabe lo que son las mujeres y por eso se deja rogar tanto de las flores. Desde su enhiesto varillaje se inclinan las rosas aristocráticamente, seguras de que a ellas, que son las más lindas y las más elegantes, va a ir primero el galán desdeñoso.

Por entre la hierba, como por entre los barrotes de una reja, se asoman, en actitud humilde, las violetas, porque aunque pobres y modestas, saben bien lo mucho que valen. Las margaritas enarcan sus estrellas de nieve, impacientes y contrariadas

de que quizás porque carecen de fragancia, no les haga caso el ingrato. Las azucenas están furiosas: ¿Cómo? ¿Será cierto que el viento desdeña su limpia y perfumada blancura? Entretanto llueve sol, un sol rabioso que parece malhumorado y que gusta de quemar pétalos, resquebrajar ramas, secar el jugo de las hojas y beber, en la copas de las campánulas, las heces del rocío.

No, no saldréis del sopor, pobrecillas mártires del sol y desdeñadas de los céfiros, hasta que las nubes, que también tienen mucha sed, acaben de llenar sus toneles en los lagos del Valle, para apagar la fragua de los cielos antes de que llegue la Noche.

Pero..... ¿no veis cómo se realiza el milagro? Se oyen risas y cuchicheos. Baja por la escalinata, saltando y atropellándose, una bandada de muchachas bonitas.

Vienen en busca de vosotras, para llevaros primero a sus labios, luego a sus búcaros, en seguida a su seno y más tarde a la mano trémula de algún soñador que os guardará ya secas, como una reliquia, en la caja de *palisandro*, entre listones, guantes, y bucles perfumados.

El amor os libertará del sol y de la lluvia, de caer tostadas en la arena humeante o de naufragar en la charca fangosa.

El amor es divino para realizar estos milagros. Y suele hacer con el corazón lo que con vosotras, flores de Abril, anunciadoras y heraldos de la primavera.

La aurora es la niñez del día. Y nada más hermoso en el año, que estas tibias albas, que estas auroras primaverales, que tienen, en verdad, no sé qué atractivo infantil, no sé qué gracia candorosa, no sé qué fragilidad amable, que recuerda la vida de los niños.

Ya comienzan a alegrar los campos de nuestro Valle estas deliciosas madrugadas.

Las mañanitas así, con su luz virgen y curiosa, su cielo muy claro y muy azul, sin una mancha, sin la huella de una nube, y su aire fresco y húmedo, con transparencias de cristal y centelleos de piedras preciosas, son la delicia de los madrugadores, de los que se levantan con el día, de los que tranquilamente cierran los párpados cuando viene la sombra para que no se asusten las niñas de sus ojos, y los abren al mismo tiempo que las últimas estrellas se disuelven en la claridad de nieve del alba.

Las mañanitas así, puras y radiantes, que se visten de almas gloriosas para ofrecer flores al sol, que asperjan de rocío los nidos, para que despierten los músicos y en cada árbol se toque un aleluya a toda orquesta; que destapan las urnas de las rosas para que se perfumen las praderas, y echan a vuelo las campanillas para que repiquen a gloria; las mañanitas así, que ponen un grano de oro en cada arena, una gota de fragancia en cada cáliz, un gorjeo en cada ave, una sonrisa en cada boca, son la más exquisita coquetería de la primavera, y

reparten a todo el que lo pide, a manos llenas, como quien da limosna, con derroche inagotable, la alegría de vivir.

Las noches sin luna, enlutadas y llorosas, como viudas inconsolables, hacen de la ciudad un campamento. De lejos, entre la obscuridad, los bloques de casas parecen pesados y gigantescos monumentos sepulcrales, y los focos eléctricos, lamparillas de tumba. Uno que otro lucero, como blandón de luz cansada, se enciende por intermitencias, en el paño fúnebre del horizonte.

Pero sacude la aurora sus desteñidos pabellones de púrpura en el fondo del paisaje, y la mañana de luz virgen y cielo azul, abre la ventana del sol, y se asoma y sonríe, y dice jubilosamente: «Buenos días.....»

«Buenos días, señoritas flores. Lirio, ¡qué blanca está tu seda! Anoche estuviste bruñendo tu tocado de oro, margarita. Camelia: ¡qué pomposa está tu gola de encajes! Amapola, ¡qué joyel de brillantes te pusiste sobre el raso de los pétalos! ¡Qué vaporosa muselina *pompadour* la de las caléndulas! ¡Qué penacho tan gallardo el de los claveles!

«Buenos días, jóvenes pájaros, bulliciosos artistas. Vamos, hijos, a ver qué vieja canción o qué empolvado motete ensayáis ahora. ¡Qué numerosos están los coros! Suena un orfeón en todos los árboles.

«Buenos días, muchachos enamorados. ¡Perezosos! que se llega el momento de la cita. Amaneció. Romped el hilo de luz del sueño, con que atáis las alas al amor; la vida se ha vuelto hermosa. La

naturaleza está contenta. Hay una boda en cada rama.....»

Y mirad cómo los madrugadores, los buenos, los felices, los pobres, los que habitan las casas de barrio, el escribiente, la costurerilla, el *calicot*, el obrero, el estudiante, los que no viven de noche porque la noche es muy mala y muy cara; porque los refinados placeres nocturnos, insanos y artificiales, no están a su alcance; mirad, cómo los que se levantan con el sol, los solos que gozan del día (según el aforismo de un inmortal madrugador, don Miguel de Cervantes Saavedra), van por las calzadas de la Reforma, bajo la rota bóveda de los árboles, en parejas silenciosas, en bandadas gárrulas; éste, pensativo soñador, de andar lento; aquél, mozalvete apresurado, que teme llegar tarde, a donde lo esperan un beso y una mirada; esos otros dos, él y ella, en un coloquio de risas, todos aspirando el aire a plenos pulmones, y sintiendo en el corazón la gran alegría de vivir.

¡Mañanas de Abril y Mayo, mañanitas de cielo muy azul, de aire muy limpio, de luz muy blanca, y qué buenas que sois para las flores, para las aves, y para los enamorados!

1899.

VI
CAMPOS DE ABRIL

Cuando un chiquitín, tras difíciles y graciosos tanteos, se echa a dar unos pasos, entre un cerco de manos amorosas; cuando, después de encantadores balbuceos, rompe a hablar en dos o tres palabras simples y llanas que suenan a gloria en los corazones paternales, una profunda y risueña alegría llena la casa. Hay en ella una fiesta jovial que toma, por momentos, el aspecto de una sagrada ceremonia. Es que una alma nueva, una alma limpia puede ya, venciendo los rudos obstáculos, las duras cadenas de la materia, comunicarse con los otros espíritus que, o vuelven cansados del viaje tristón y monótono de la vida, o se remontan, todavía llevando a cuestras un desordenado fardo de esperanzas brumosas y de ilusiones multiformes e inquietas.

La nueva alma nos despierta una imprecisa idea; una semiborrada memoria de promesas inmaculadas, de sensaciones prístinas y diamantinas, de suaves y dulces inmersiones en la corriente de la existencia, de esos primeros baños de sentimiento que nos producen el afán de penetrar en lo desconocido, a grandes brazadas, con un estremecimiento de voluptuosidad virgen, exenta de temor a la pena y de horror al desengaño.....

Este es el mismo efecto que, por no analizada semejanza, nos causa a los tercos visitantes de los campos, el mes de Abril, que no es otra cosa que la inefable niñez de la primavera.

La tierra rompe a hablar: habla sin concierto, sin reflexión, sin orden, por el solo anhelo de decir cosas bellas. Su idioma es divino, variado, amable. La tierra habla en flores; se expresa atolondradamente en corolas; canta en pétalos, grita en fragancias.

Para sentirla, para oírla, para charlar con ella, no hay más que salir de madrugada, a la hora en que la chicuela se cree sola, a rondar sin rumbo por calzadas y jardines. El sol, que se ha levantado muy temprano, hace guiños de oro, por detrás del violeta sonrosado de las cumbres; la luz, vestida de muselina blanca, corre por serranías y llanuras, rasgando por todas partes sus maravillosos y sutiles encajes; las frondas, recién lavadas, chorrean, a la Buckingham, desatados hilos de perlas, y de los nidos que se desperezan, se levantan las alas en cruz y los trinos en escalas cromáticas. Son las mañanas de la infancia primaveral. La naturaleza ha dormido bien, en una placidez de sueño sin agitaciones, sin temblores, sin deseos, y al despuntar el alba, abre todas sus flores y sacude todos sus ramajes, pidiendo al cielo, como niña curiosa, un rayo de sol para cada rama y una gota de rocío para cada cáliz.

Esta hora del día, en el campo, no puede ser comparada a ningún otro placer. Es la hora blanca, la hora pura, la hora balsámica. Nos hace amar la vida, nos sumerge en minuciosas y tranquilas contemplaciones, y nos recuerda que no todo es en este mundo sombra, desesperación y desencanto.

VII
AIRE Y SOL

Los astrónomos aseguran que el sol está enfermo. En la ígnea faz de nuestro padre acaba de aparecer una nueva mancha, una gran mancha que, según los sabios, indica quién sabe cuáles perturbaciones y cataclismos en la enorme masa astral, que, a semejanza de un titánico carro de fuego, va por los azules espacios, en carrera interminable, sujetando con siderales y áureas riendas, a esos gigantescos corceles: los planetas. Sin embargo, para nosotros, para el hormiguero humano que anda, como el payaso de los *Saltabancos: in cerca di pan*, sobre la rugosa y dura costra de la tierra, el sol es el mismo de siempre, el sol de marzo, el de luz vibrante y clara, que, por las mañanas se tiende sobre la yerba de los campos, y sobre los ramajes de las plantas, y sobre las copas de los árboles, y sobre la nieve de los volcanes, haciendo que se erijan las briznas marchitas, que se abran las flores en botón, que bulla la savia en troncos y follajes, que canten los pájaros, que los hielos se derritan en las cumbres, y que las nieblas se deshagan en los horizontes.

Para nosotros no ha cambiado este sol del mediodía, el sol de las fiestas sofocantes y las lejanías deslumbradoras, el que requema los céspedes en las praderas y calienta la arena de los caminos, el sol, para que entonen su endecha estridente las cigarras, y tejan de rama a rama las arañas sus efímeros y sutiles brocados, y se aduerman sobre las cortezas los verdinegros y plomizos reptiles, y zumben,

tumbadas sobre la seda de los pétalos, las abejas borrachas, y se desgranen en el aire, al rededor de las corolas—cuentas de vidrio azul y rojo—los insectos. Es el mismo sol que se pone, entre resplandores de fragua y trágicas decoraciones de incendio. Es, en fin, nuestro sol de primavera, rico en prodigios de claridades y en febriles calentamientos.

En esta ciudad, tan poco habituada a las exageraciones climatológicas, este ardor africano de la atmósfera nos disgusta, nos abate, nos martiriza. Tiene, en cambio, la ventaja de no durar mucho, de no persistir, porque en el Valle de México los fenómenos atmosféricos son de una volubilidad de mujer coqueta. Mas unas cuantas horas de calor asiático, durante las cuales el trajín de la vía pública como que se amodorra y tranquiliza, bastan para que la metrópoli pierda su carácter de bullicio sano y de movimiento alegre y espontáneo. Del asfalto de las calzadas se levanta un vaho de hornaza. Los muros de las fachadas parecen humear. Los transeúntes buscan la faja de sombra y por ella siguen en filas compactas, para evadirse de estos ardientes dardos solares que penetran en el cuerpo y lo queman como si fuesen púas venenosas.

Todo brilla, casi esplende y deslumbra: por el suelo, las movedizas y juguetonas basuras, las esferillas microscópicas de tierra, los pedazos de papel y de trapo que aletean, con reflejos de lentejuela; los agujeros de las baldosas, que hierven y rebosan en el oro del día; arriba, el cristal de los escaparates, los adornos metálicos de las puertas, las placas vívidas de los rótulos, las bombas ahumadas de la luz eléctrica, las vidrieras de los balcones, los aisladores de porcelana del telégrafo,

y más alto, la atmósfera, que, a nuestros ojos, es un zafiro en ebullición, derrochan inesperados resplandores, titilaciones de piedras preciosas, ráfagas repentinas, violentos matices, improvisadas transparencias que son a manera de recreo y regocijo de los sentidos, y que se nos entran hasta el corazón como una llama de alegría.

No está enfermo el sol—¡qué va a estarlo!—Es la gloria de la vida, es la joya del cielo, es la fuerza, es la fecundidad, es el amor.

Y esas horas de calma bochornosa son un baño de vigor que nos reanima y nos purifica. Un íntimo y vago anhelo de entonar un himno estupendo a la Naturaleza, a la eterna piadosa, levanta nuestro espíritu a las alturas de la epopeya. Y comprendemos a Espronceda, que, como Josué, hizo, lira en mano, una señal al sol, para que detuviera su marcha; y levantando la frente y sacudiendo la melena romántica, le gritó, estremecido y sublime:

—Pára y óyeme; que yo te saludo.....

AGUAS DE JUNIO

La costumbre ritual de las sagradas abluciones no fué, de seguro, característica de las razas primitivas que poblaron nuestra Mesa Central. El indio de los alrededores de México, con haber tenido por tantos siglos vida lacustre, no toma el baño como una cotidiana necesidad ni gusta de entrar con el agua en íntimas relaciones para buscar en ella el bienestar, el placer, la salud. Tampoco de los conquistadores puede decirse que fuesen adoradores de la linfa que pule el cuerpo y alegra el espíritu. De aquí que, entre nuestras fiestas populares, sólo una esté consagrada a los encantos y dulzuras de la purificación corporal. La bíblica leyenda del Bautista sirvió de pretexto a los sacerdotes cristianos para obligar a la obscura y perezosa multitud, en un día del año, a la limpieza.

Las albercas populares suelen estar henchidas de bañadores, y alrededor de las *termas* baratas, improvisanse las animadas verbenas, donde el pulque, en mal olientes fermentaciones, hace la competencia al agua con un éxito, aunque previsto, extraordinario.

En los pueblos del Norte se celebra la noche de San Juan con fogatas en las campiñas y canciones bucólicas llenas de arcaico e inocente regocijo.

Entre nosotros, la mañanita de San Juan, pura, limpia, sonrosada, tibia, es la que se celebra en campos y ciudades, y se recibe con dianas de pájaros e himnos de amor y de juventud.

Y es que en este mes de junio las noches y las mañanas tienen una belleza dulce y suave, distinta de las otras; de la de abril, infantil y risueña; de la de octubre, otoñal y melancólica; de la de enero, blanca y aterida. La naturaleza no se siente niña como en mayo, ni fecunda y vigorosa como en agosto, ni envejecida y débil como en diciembre. Se siente en plena pubertad, en plena ascensión. Y es que, como dijo el poeta, sobre los campos invadidos por la ola ardiente, estalla la luz y se deshace en flores.

El alba de junio no tiene brumas de encaje ni lontananzas de nieve; es azul, azul, con un tenue vaho de plata en los cielos, que flota sobre la cima de las montañas, como si fuese humo perfumado y desprendido de enormes pebeteros de lapizlázuli. El alba de junio es como la prolongación de la noche, y si no sucediese que conforme avanza la aurora se van ahogando las estrellas en el piélago del zafiro, como margaritas que se hunden poco a poco en una clara y luminosa corriente, se preguntarían los madrugadores, como los enamorados shakerperianos, si era el ruiseñor el que cantaba todavía bajo las frondas del granado.

Las noches de junio son brillantes, fastuosas, derrochadoras de astros y reflejos, semidoradas. La luna brilla como una gran moneda flaminante. El aire está tejido de hilos áureos y estambres argénteos, como las telas de los brocados. Las rosas respiran, soñolientas de voluptuosidad, en la

penumbra de esmeralda de los jardines, y las violetas, ocultas entre las picas diminutas y lustrosas del césped, cierran unciosamente sus ojos de alemana enferma.

El día y la noche de San Juan simbolizan y resumen estas divinas hermosuras del cielo y de la tierra; pero lo mismo con el sol subiendo hacia el cenit, que con la luna escalando el Oriente, a esta famosa mañanita, a esta célebre noche, les faltaría el adorno más lindo, la gracia más amable, si careciesen de su más rica joya: el agua.

El agua de junio es fresca, transparente, radiosa. Es tornasolada como si en ella hubiesen diluído el iris. Es como un fluido de diamante. Y en la sombra, y en plenitud de luz, posee rumores musicales, aterciopelados y cristalinos, como de violines a la sordina.

¡Oh, agua, bendita agua, consagrada por el sacrificado profeta: la poesía te ha cantado constantemente; la piedad y el misticismo te han llamado su hermana; en el misterioso Oriente eres una divinidad; eres recreo espejeante y soñador para los ojos, y arrullo y cántico para los oídos! Y no sólo produces la alegría en las almas sencillas y en los cuerpos sanos, sino que también te compadesces de los adoloridos, no sólo limpias y confortas los cuerpos, sino que alientas y alivias los espíritus.

No nos queremos acordar hoy de cuando te enfureces y bramas y te agitas en inmensas convulsiones de histérica; de cuando, en el mar, eres reina colérica, de cuando eres aliada del viento y cómplice del rayo, de cuando eres fuerza ciega y brutal impulso, de cuando destruyes y aniquilas. Eres asombrosa, eres poderosa, eres gloriosa.

Pero eres también mansa y buena. Y así es cómo atávías la verbena y la mañanita de San Juan, y cómo, a semejanza del milagroso y paradisiaco Jordán que lava las culpas, cariñosa y compasiva, recibes y abrazas en las albercas públicas estos tristes cuerpos de la multitud, que sólo de año en año, gracias a tu misericordia, se lavan el polvo del camino

1906.

LA LLUVIA BLANCA

Cuando el azul cenital del mediodía se desgarró de pronto, en un cortinaje de nubes plumizas, todas las cabezas se levantaron, sorprendidas por la inesperada transformación. Las pesadas colgaduras celestes cayeron en pliegues gigantescos hasta agujerarse en las linternillas de las cúpulas y en las cruces de los campanarios. En torno de los horizontes se extendió un friso negro por el que se veían agitarse, monstruosas y deformes, visiones apocalípticas. La luz del sol tomó una gris entonación de claridad lunar. Los pájaros urbanos, tan habituados a jugar, en aéreos deportes, en las cornisas de las azoteas y en las puntas de los alambres eléctricos, chillando pasaban, a guarecerse de la próxima tempestad bajo los raquíuticos árboles de los paseos públicos. Un viento semicolérico cruzó levantando remolinos y abriendo estrepitosamente puertas y balcones.

Las gentes, a semejanza de los pájaros, iban también con apresuramiento cómico, buscando asilo en tiendas y portales.

Primero cayeron unas cuantas gotas, pesadas y gruesas, que, al chocar en el suelo, rebotaban,

deshaciéndose en polvo cristalino, a modo de diminutos juegos de agua.

—¡Qué chubasco!

Y no; de pronto, el aguacero, que se iniciaba con sus características señales, su firmamento oscurecido y amenazante, sus truenos sordos y lejanos, sus telones nebulosos, sus rápidas y efímeras luminarias por detrás de las crestas de las serranías, la lluvia prometida y anunciada con tan aparatosas decoraciones de tiniebla y de caos, se desgranó en blancura, en estambres oblicuos de perlas sonoras, en pasamanerías immaculadas que rayaban el aire opaco con líneas vertiginosas de cuentas de marfil.....

Y el pavimento de las calles fuese cubriendo de una muelle y sedeña alfombra de granizo, que en fuerza de albear, se irisaba, bajo los apacibles y cenizos reflejos.

De calle en calle, conforme se alejaba la mirada, en los términos distantes que se borran y desleían en un gris de humo y sueño, el blanco de los suelos, al amoldarse a la suave topografía del camino, a las desigualdades de las baldosas, a las ondulaciones del arroyo, dibujaba, en tapicerías fantásticas, los bordados más caprichosos y sutiles. En los salientes de las fachadas, en los relieves de piedra de los muros, en los barandales de los balcones, en los remates de las techumbres, la lluvia endurecida, la lluvia blanca y persistente, ensayaba los motivos de una decoración uniforme y monótona, pero deslumbrante; y tal parecía que el guijarro de la acera, y los sillares carcomidos de las paredes y el hierro enmohecido de las rejas, transformábanse en mármoles pentélicos, en fantasmagorías de nieve,